

## MANUEL PÉREZ CORONADO (1929-1970)

Manuel Pérez Coronado -conocido como Mapeco- nació en Uruapan, Michoacán, en 1929. Estudió en la Academia de San Carlos, en México, y consolidó su formación como dibujante, pintor y grabador al lado de Alfredo Zalce, con quien colaboró en diversos murales. Participó activamente en la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR). Como grabador participó en el Taller de la Gráfica Popular, de México, en donde incursionó en diversas técnicas de grabado; perfeccionó y difundió, además, la técnica del grabado en cera parafina, principalmente en apoyo de los movimientos sociales y políticos de los años cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX.

Fue fundador del periódico Calaveras, que se publicó durante varios años el 2 de noviembre y que por su calidad forma parte de las colecciones de grabado mexicano. En el campo de la pintura de caballete se destacó como retratista y paisajista con un peculiar manejo de la luz y la perspectiva. Como muralista se ubica dentro de la Escuela Mexicana de Pintura, y entre 1958 y 1968 pintó en espacios públicos ocho murales de contenido histórico y social; murió cuando planeaba el que estaría en la cúpula principal del Colegio de la Compañía de Jesús, hoy Palacio Clavijero, en Morelia, Michoacán.

Por decisión propia se mantuvo alejado de los círculos de consagración artística de la ciudad de México, ya que se oponía a las elites que monopolizaban la producción artística y cultural del país. En cambio, concentró muchos de sus esfuerzos en la educación artística de jóvenes de provincia, principalmente de escasos recursos. Así, fundó talleres-escuela de artes plásticas vinculados con el Instituto Nacional de Bellas Artes y con los gobiernos de los estados, principalmente de Michoacán y Tabasco.

Siendo muy joven, trabajó en el Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina (CREFAL), que fue el primer centro interamericano de educación para adultos en Latinoamérica, localizado en Pátzcuaro, Michoacán. Durante 1952 y 1953 elaboró carteles para alfabetizar personas mayores y era el responsable de producir materiales de lectura para niños indígenas. En ellos expresó su maestría como pintor y grabador. En su contacto permanente con los pueblos purépecha veía con preocupación cómo poco a poco se iban perdiendo sus tradiciones culturales y, peor aún, cómo las nuevas generaciones se alejaban de sus comunidades al creer que lejos de ellas iban a encontrar un mundo mejor. Por eso decidió escribir Huachito y los viejitos, un cuento para que los niños indígenas recuperaran el amor por su cultura. Lo ilustró con 44 grabados que expresan muy bien cómo era la vida de las comunidades indígenas en aquellos años.

Mapeco convivió siempre con indígenas y campesinos, que eran casi invisibles en un México que se modernizaba a grandes pasos, sin advertir que en esa carrera ciega por igualarnos -en civilización, cultura y desarrollo a los países hegemónicos- se estaban destruyendo culturas milenarias, y con ello a hombres y mujeres depositarios de conocimientos y valores ancestrales. En una época en la que se suponía que los países de América Latina debían modernizarse y ser iguales a los grandes países desarrollados, él creía que México debía avanzar sin olvidar la cultura de sus primeros pobladores, rica en conocimientos, tradiciones e identidad. Por eso, más que de folclor, su obra habla de compromiso, de solidaridad social, de reconocimiento de la pluralidad cultural y de lo diverso: conceptos hoy vigentes en la vida cultural de México, pero que eran extraños e incomprensibles en los años en que vivió. Igualmente, precursores fueron sus esfuerzos por la conservación de la naturaleza y del paisaje, como lo expresó en sus pinturas y murales y en su permanente batalla por preservar la armonía entre el desarrollo, la naturaleza, la cultura y lo humano.

Para Mapeco, su oficio como artista era un arma para combatir el racismo, la discriminación contra los indígenas y el olvido de la historia, tan comunes en México. De ahí que muchos de sus trabajos como grabador, dibujante, pintor de caballete y muralista recuperen dignamente los rostros olvidados del ámbito rural y de los personajes de la historia comprometidos con las causas populares. Con su obra denunciaba, desde entonces, lo que hoy ha corroborado la intensidad de la globalización: el poder del imperio norteamericano que mediante la violencia material, militar y simbólica ha extendido sus dominios sobre el orbe.

**Maya Lorena Pérez Ruiz, enero de 2004.**